

Disparos, oigo sonar como bombas de destrucción construyen un nuevo infierno. No sé qué debo hacer, todo tiembla, mi casa se mueve de un lado a otro, tengo miedo. Corro hacia el dormitorio de mis padres, permanecen recostados en la cama inmóviles, asustados igual que yo. Junto a ellos está mi hermanita tan pequeña y frágil, que parece que vaya a romperse de un momento a otro.

-Mamá, ¿Qué sucede?

-Nada, hijo, ven tumbate con nosotros.

Yo no soy tan pequeño como para no darme cuenta de que algo sucede, algo iba a pasar y será algo terrible, lo presiento.

Obedezco, no quiero preocuparla más, prefiero saber qué pasa, pero, por ella me quedaré en la ignorancia, al menos durante un rato.

Amanece, los disparos no han cesado en toda la noche. Mi madre me ordena que me vista y haga lo mismo con mi hermanita. Lo hago lo más rápido posible para intentar deducir qué sucedía.

Miro por la ventana y, en efecto, había soldados por todas partes. Iban de casa en casa sacando a las personas de sus respectivos hogares. Creo que sé lo que es, el abuelo me contó sobre aquello hace mucho tiempo, bombardeo, destrucción, llantos, masacre, era lo que el ser humano denominaba guerra, yo lo llamaba infierno.

Llaman a la puerta, mi madre me ordena que coja a mi hermana y me esconda en el armario del sótano, que me quede ahí hasta que me avise alguien. Asiento, cojo de la mano a Aamira y corro cuanto puedo hasta llegar a mi destino. Meto a mi hermana, temerosa por lo que puede haber en este espacio oscuro y húmedo, pero la consigo convencer metiéndome primero yo.

Se escuchan voces, gritos de hombres, no distingo si están enfadados o asustados, y oigo la voz de mi madre implorando; un disparo, otro. Permanezco en silencio, sollozando, sé que nada bueno ha pasado. Sé que me acaban de quitar a las dos personas que más que me lo han dado todo, a las que he amado y sé que no van a volver.

Van a venir a por nosotros.

No, por favor, no quiero que me arrebaten también a Aamira, exclamo para mis adentros.

Silencio, lo único que habita es el silencio. Los soldados se han marchado, mis padres han fallecido, mi mundo se ha destruido.

Decido permanecer en el armario un periodo de tiempo más hasta que estoy totalmente seguro de ya no hay nadie en mi humilde casa. Aamira está llorando, pobre con tan solo dos años que tenga que sufrir todo esto.

Salgo, le pido a Aamira que se quede dentro hasta que vuelva, subo despacio y silenciosamente las escaleras, miro con sigilo a mí alrededor y compruebo que no haya nadie en mi casa. Una vez que estoy completamente seguro de que ya no hay nadie, salgo en busca de mis padres. No están, no los encuentro por ninguna parte, y entonces tropiezo con un

objeto metálico manchado de sangre, se lo que es, una bala. Mi padre no tiene de estos en mi casa lo que significa que alguien del exterior lo ha usado. Mis padres estaban muertos era cien por cien seguro. Debo salir de aquí, debo huir antes de que hagan lo mismo con Aamira.

Bajo las escaleras lo más deprisa que mis cortas piernas me lo permiten y voy en busca de Aamira, la cojo y salgo por la puerta trasera, ya que por la delantera sería un poco irracional, nos cogerían. No debo parar, sé a dónde ir, he oído hablar de que fuera de este país infernal hay un lugar donde solamente hay paz y tranquilidad. Yo quiero vengar la muerte de mis padres, pero sé que este lugar ya no es seguro para Aamira y todas las personas que me podrían ayudar estarán muertas o prisioneras por esas crueles personas. Cojo una bicicleta vieja que hay en mi patio y me subo junto a Aamira atada a mi pecho con un pañuelo como solía hacer mamá.

Tardo un día entero en poder llegar hasta la montaña, me ha costado mucho esfuerzo, ya que hay guardias por todas partes, debo enterarme de qué sucede.

Estoy agotado, mis piernas ya no tienen fuerzas para continuar, debo seguir un poco más por seguridad pero si prosigo, me desmayaré y debo proteger a Aamira.

Encuentro una pequeña cueva escondida en el lateral de una montaña. Doy de beber a Aamira con la poca agua que me queda y reservo un poco de comida para mañana. Me acurruco junto a ella, no sé qué va a ser de nosotros, pero lo que sí sé es que haré todo lo posible para que ella vuelva a ser feliz.

No tardo en dormirme, mas cuando lo consigo siento un escalofrío en mi interior. Con todo lo que ha pasado no me he dado cuenta de que he perdido a mis padres, no me despedí de ellos. Mi madre tan trabajadora, siempre con algo nuevo que aportar, mi padre humilde pero fuerte sabía cómo sacar adelante a la familia con lo poco que teníamos.

Yo ya tengo 10 años y puedo apañármelas sin ellos, pero mi pobre hermanita, no va a conocer a sus padres, nunca he sabido valorarlos y ahora ya no los tengo.

A la mañana siguiente me despierto con una espesa niebla que inunda todo el paisaje, debo proseguir. Aamira está helada y no sé qué hacer para calentarla. Lo único que se me ocurre es ponerle mis ropas para que su temperatura corporal aumente.

Cojo la bicicleta y me propongo subir la montaña, mi madre me habló de que en el país vecino había un lugar repleto de agua que me llevaría hasta ese lugar tan maravilloso. Sé que solo es una historia pero este viaje debo comprenderlo, por ella, por ellos.

Vuelve a pasar un día entero, todo este tiempo he estado en el campo, ahora me aproximo a la ciudad, sé que me aproximo al peligro pero debo hacerlo.

Entro en un lugar, llamado Asmara, yo nunca fui a la escuela, debía estar en casa ayudando a mi madre por lo que no sé si he llegado a mi destino, o al contrario estoy en la otra punta. Ya no me queda comida ni agua; estoy dolorido y no me quedan fuerzas para seguir luchando. Todo me da vueltas y Aamira está pálida y sudorosa. Me rindo y me desmayo. Al despertar hay una luz brillante y blanca que me produce tranquilidad y paz y entonces la escucho, escucho la

risa de mi tierna hermanita, al fin vuelve a ser feliz, y entonces siento un profundo dolor en el pecho, algo me incita a despertar. ¿No estoy acaso en la vida real? Me despierto, hay tres personas alrededor mía, me intentan calmar pero yo hago caso omiso y me dispongo a buscar a mi hermana. Me sujetan, me preguntan por mi nombre, yo me niego a dárselo, no sé quiénes son ni que han hecho con mi hermana; no puedo confiar en ellos.

Lloro pidiendo saber dónde está mi hermana, una mujer vestida de blanco y al parecer de un color distinto al mío de piel, me dice que no ha podido aguantar. Me quedo en estado de shock, que significa que no ha aguantado, ¿acaso estaba muerta?

Según me informo la mujer Aamira tenía fiebre amarilla, no había podido soportar el estar dos días a pleno sol sin apenas leche materna ni comida ni agua. Ella había muerto. Lo he perdido todo. Aquellas personas que mataron a mis padres tuvieron la culpa de todo. Me obligaron a huir de él, a escapar y a arriesgar a mi hermanita a sobrevivir a unas medidas muy drásticas.

No me pienso quedar de brazos cruzados, quienes se creen esas personas para arrebatarme mi vida, era humilde y sé que no era perfecta, pero era mía y por su codicia han destruido todo lo que he amado en esta vida, no van a crear odio en mi corazón, no lo van a conseguir, un únicamente tengo, una llama de esperanza impediré, como hombre nuar que soy, que los demonios dominen mi mundo y creen un infierno con él.